LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

AÑO XXIII. NUM. 35.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

EDITOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.

No se venden números sueltos.

Sumario.—Gorra para niño.—Cabo de corbata.—Limosnera, en los 3/4 de su tamaño natural.—Orla de aplicacion.—Explicacion del grabado de modas.—El corredor de playa.—El canto de Lámia.—Las nubes vespertinas.—Muerte de Milanés.—César de Vermont.—Revista de Cádiz.—Figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

Gorra para niño.

Todas las madres podrán preparar por sí mismas este *gracioso tocado*, y *lo que es mejor adaptarlo* fácilmente á las diversas edades de los niños. Se hará esta gorra de cutí ó alpaca para el verano, de cachemira para el otoño, de terciopelo ó paño para el invierno.

Un dibujo especial representa el borde de la gorra. Segun sea el grueso de la cabeza del niño, así se harán en este borde seis, siete ú ocho recortes para formar unas como *almenas*. Otro dibujo pertenece al fondo; se le corta mayor ó menor, de forma perfectamente redondeada.

Se ejecuta el bordado con trencilla, marcando con ella los contornos exteriores del dibujo; el interior de estos contornos se rellenarán con torzal fino de seda, á punto ruso, formando una red ó enrejado. En cada union de cuatro puntos componiendo un cuadrado, se pondrá una cuenta negra, ó bien se hará una cruz con torzal de seda. Se puede tambien suprimir este relleno, y sustituir la trencilla con punto de cadeneta.

Aconsejamos que se corte primeramente la gorra con muselina gruesa, para adaptarla á la cabeza del niño, y *sobre este patron se corte* luego la tela. El borde se ribetea con una cinta de 3 centímetros de ancho, y se coge al mismo tiempo el fondo, en el cual se harán algunos pliegues pequeños.

En nuestro modelo, el fondo de la gorra, enteramente redondo, tiene 23 centímetros de diámetro.

Fleco compuesto de cascabelillos de paja.

Este se compone de unos cascabelillos, partidos y recortados sus bordes figurando como la corola de una flor, los cuales se ensartan, terminando cada hilo en una cuenta negra prolongada puntiaguda. Sirve de base al fleco de una cinta negra.

Dos cabos de corbata de muselina blanca.

Estos dibujos se ejecutan de realce sobre muselina blanca. Los bordes de los cabos van festoneados. Los ramitos pueden tambien utilizarse para esquinas de pañuelo.

GORRA PARA NIÑO.

Limosnera.

MATERIALES. — Torzal negro de seda; cuentas negras; tegido de seda violeta ó negro; bellotillas violeta.

Se compone de un fondo que se hace de red con torzal de seda. Este fondo lleva un marco de tafetan violeta, adornado con triángulos bordados de cuentas negras y guarnecido todo al rededor con bellotitas color violeta. La red se hace sobre un molde de 1 centímetro de circunferencia; este fondo se compone de un cuadro de 12 *centímetros* en largo y ancho. Para la carterilla, se hace, tambien de red, un cuadrilongo de 9 centímetros de largo y 5 á 6 de ancho. La red se pone sobre el forro de seda negra, y se la rodea con la tira de tafetan violeta, la cual ha de tener 2 centímetros de ancho; este ancho es de 3 centímetros para el borde inferior. Se ejecutan los triángulos de cuentas, y se forra el tafetan con gasa rígida. El revés de la limosnera se hace de tafetan violeta, y se forra de tafetan negro. La costura que reune las dos caras se adorna, así como la carterilla, con festoncitos *compuestos de* 5 ó 6 cuentas negras. En la curva inferior los festones son mas largos; cada uno de ellos lleva una bellotita. Las dos cintas violetas de que pende la limosnera se borda con cuentas, y ámbos se sujetan debajo de un boton plano de tafetan violeta adornado con cuentas.

Orla de aplicacion.

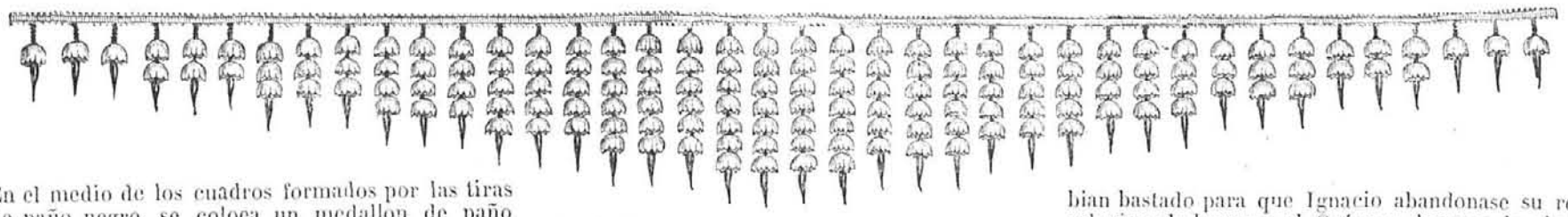
MATERIALES.—Paño castaño para el fondo de la tira; paño Habana y paño negro; galon de seda maiz; el *mismo negro; torzal de seda maiz*; el mismo negro; el mismo Habana.

Este dibujo servirá para cortinas, asientos, etc. Se le empleará para formar tiras que colocarán entre otras tiras lisas de terciopelo de lana ó reps de lana encarnado, verde ó azul.

Las tiritas recortadas formando cuadros enlazados son de paño de color Habana; van sujetas por el galon negro, que se asegura en los lados por puntos sueltos hechos con seda maiz, y en el centro con una costura en cruz hecha con seda Habana. En cada esquina de los cuadros, el galon se redobla sobre sí mismo, y se asegura con algunos puntos largos hechos con seda negra.

Las otras tiras estrechas son de paño negro; se adornan con ojetes, y quitado el paño negro del interior de estos ojetes, se vé el galon maiz puesto sobre la tira. Las tiritas de paño negro se fijan por cada lado con puntos atrás, hechos con seda maiz.

© Biblioteca Nacional de España



FLECO COMPUESTO DE CASCABELILLOS DE PAJA.

En el medio de los cuadros formados por las tiras de paño negro, se coloca un medallon de paño Habana, recortado con el sacabocados, cosido á punto de cadeneta con seda negra, y adornado con puntos maiz y negro.

Cubierta de taza para conservar el calor de las bebidas.

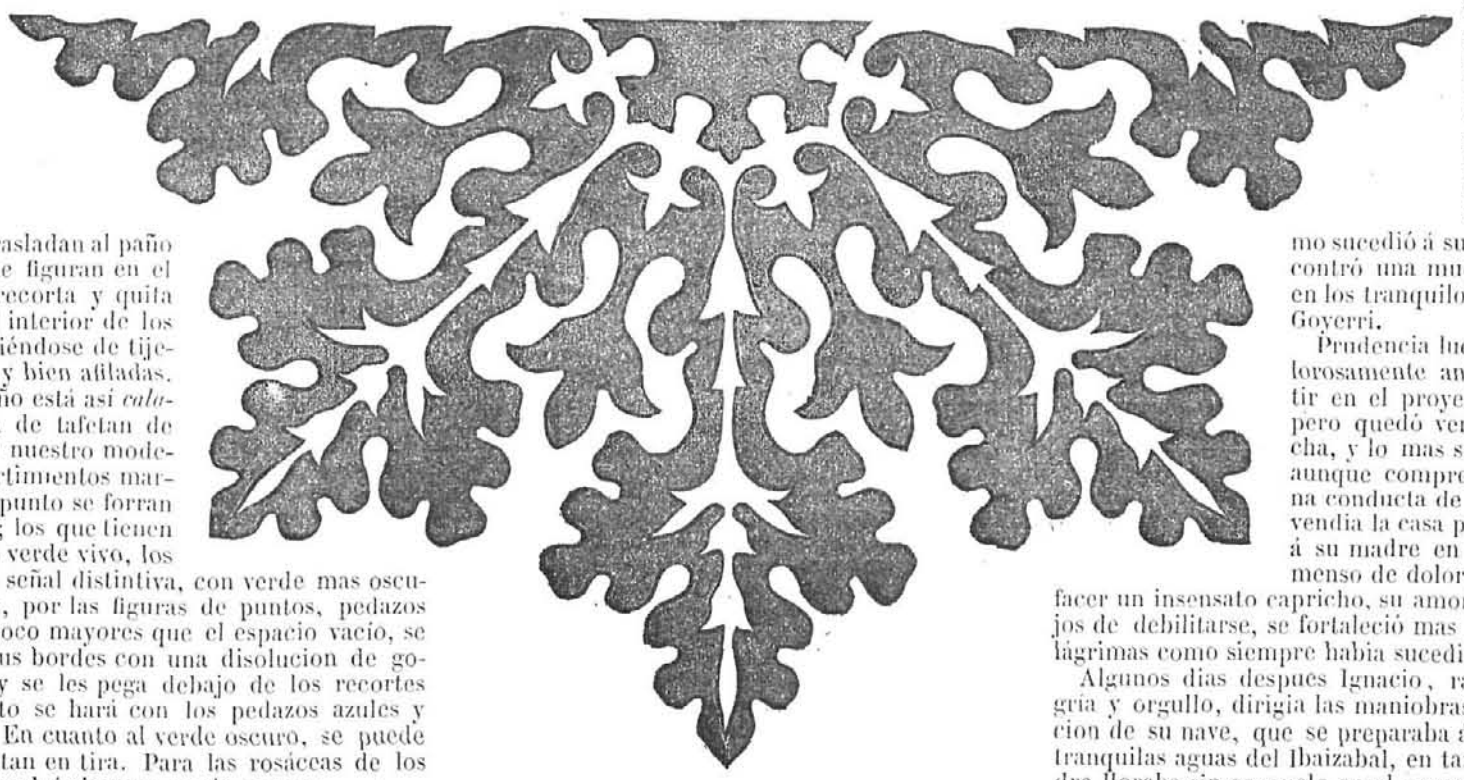
(Véase la figura 50 del patron repartido con nuestro número anterior.)

MATERIALES.—Un pedazo de paño negro fino, que tenga 15 centímetros y medio de ancho, y 53 de largo; tafetan ó cinta de tafetan azul Méjico y dos puntos del color verde; 1 metro y 30 centímetros de cinta de tafetan negro, que tenga 3 centímetros de ancho; cascabelillos, forro, algodon en rama, etc.

Esta cubierta será útil sobre todo junto á la cama de un enfermo, para conservar las bebidas calientes ó tibias. Se cortará el paño negro por la fig. 50 (que representa la mitad del objeto) de modo que uno de los bordes largos esté en línea recta; y que el otro borde tiene 7 festones. Se trasladan al paño los dibujos que figuran en el patron, y se recorta y quita el paño por el interior de los contornos, valiéndose de tijeras muy finas y bien afiladas. Cuando el paño está así *calado*, se le forra de tafetan de color vivo. En nuestro modelo, los compartimientos marcados con un punto se forran con azul vivo; los que tienen una cruz, con verde vivo, los que no tienen señal distintiva, con verde mas oscuro. Se cortan, por las figuras de puntos, pedazos aislados un poco mayores que el espacio vacío, se humedecen sus bordes con una disolucion de goma arábiga, y se les pega debajo de los recortes del paño. Esto se hará con los pedazos azules y verdes vivos. En cuanto al verde oscuro, se puede poner el tafetan en tira. Para las rosáceas de los festones, se pondrá siempre verde oscuro.

Despues de terminado este trabajo se prepara un forro de gasa guarnecido de algodon en rama, se cubre este forro con tafetan verde, y se reunen forro y tela. Se cosen juntos los festones desde *m* hasta *n*, luego se reune la labor desde el punto hasta la estrella, dejando una abertura para el asa de la taza. En la punta, se deja otra abertura para la perilla de la tapadera de porcelana que se coloca sobre la taza. Para las guarniciones de arriba y de abajo, se corta por un lado la orilla de la cinta, se la deshilacha en un espacio de 1 centímetro y se la frunce por el otro lado, dejando una cabeza de 3/4 de centímetro. Además se ponen cascabelillos de los colores de los transparentes, colocados á distancia de 2 centímetros unos de otros en el rizado inferior. Tres cascabelillos juntos (uno azul y dos verdes) van puestos en el extremo de cada costura de las que reunen dos festones. Otros tambien rodean la roseta superior.

Añadamos que esta labor de recortes con *transparentes* puede servir para cogines, taburetes, y otros objetos semejantes.



MITAD DEL FONDO DE LA GORRA.

EL CANTO DE LAMIA.

(Continuacion.)

Las exageradas y romancescas narraciones con que le embobaban diariamente los marinos, pintándole cosa muy fácil el descubrimiento y conquista de Jauja y Eldozades, completaban en la imaginacion de Ignacio el pernicioso efecto de aquellas lecturas.

Como le recordase un dia su madre que se hallaba ya en edad de acompañarla asíduamente en el trabajo de las heredades y en el cuidado del ganado, Ignacio contestó lo que su madre temia hacia tiempo; que aborrecia la vida del labrador y estaba firmemente resuelto á dedicarse á la marinería.

En vano trató Prudencia de disuadir á su hijo de aquella resolucion: su hijo insistió en ella, y pasaron años y años é Ignacio cumplia veinte decidido como nunca á trocar la pacífica vida que le ofrecian las arboledas del monte Bérriz por la vida turbulenta que le ofrecian las soledades del Océano.

El amor de Prudencia á su hijo, lejos de entibiarse con la mala correspondencia que en este hallaba, era cada vez mas ardiente, mas profundo, mas acendrado, mas inquebrantable; Prudencia solo vivia para amar á Dios y á su hijo. Si algun amor maternal ha merecido el nombre de idolatría ó locura, ese amor era el de aquella pobre madre.

III.

Los ruegos y las lágrimas de Prudencia no habian bastado para que Ignacio abandonase su resolucion de lanzarse al Océano: despues de algunas cortas navegaciones por el mar cantábrico; navegaciones que solo por cortísimo tiempo privaban á Prudencia de la compañía de su hijo, sin la cual no podia vivir, Ignacio subió un dia de la ribera dando á su madre la tristísima noticia de que estaba resuelto á emprender una navegacion de algunos meses. Y no fué esta la única resolucion que aquel dia puso en noticia de su desconsolada madre: uniase á ella la de vender la casa y la hacienda donde habia nacido y vivido su padre hasta que pasó á vivir á Aurrecoechea, para comprar con su producto una linda y velera navecilla que estaba de venta en las aguas de Zorrotz-aurre.

A las lágrimas y las súplicas de su madre para que desistiese de aquella resolucion, opuso Ignacio su constante argumento de que si estaba de Dios que habia de morir desgraciadamente, lo mismo moriria en tierra que en mar, como sucedió á su padre, que encontró una muerte desastrosa en los tranquilos castañares de Goyerri.

Prudencia luchó largo y dolorosamente antes de consentir en el proyecto de su hijo; pero quedó vencida en la lucha, y lo mas singular es que aunque comprendia la indigna conducta de aquel hijo que vendia la casa paterna y sumia á su madre en un piélago inmenso de dolor, solo por satisfacer un insensato capricho, su amor de madre, lejos de debilitarse, se fortaleció mas y mas con las lágrimas como siempre habia sucedido.

Algunos dias despues Ignacio, radiante de alegría y orgullo, dirigia las maniobras de la tripulacion de su nave, que se preparaba á abandonar las tranquilas aguas del Ibaizabal, en tanto que su madre lloraba sin consuelo en el cercano muelle donde momentos antes, al separarse de ella para trasladarse al buque, su hijo le habia dado un frio abrazo acompañado de estas frias palabras:

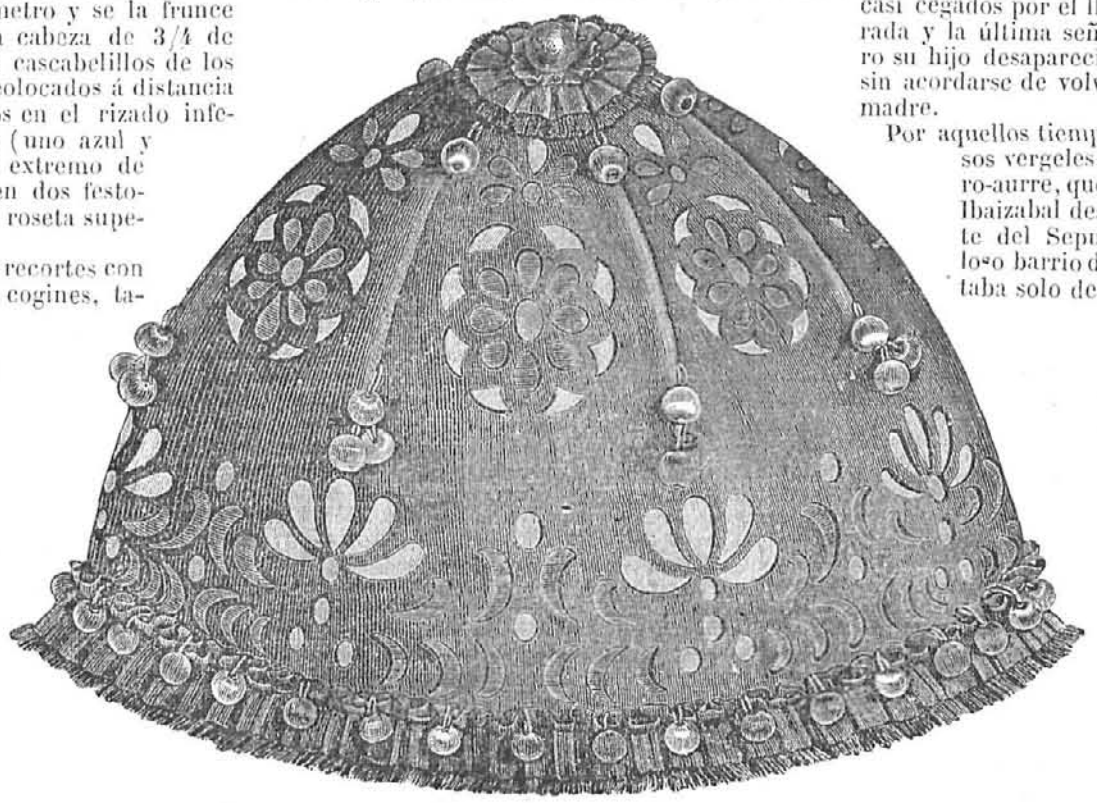
—Ea, basta de lloriqueo, y hasta dentro de seis meses.

La nave partió lentamente impulsada solo por el viento, porque ¡cómo su armador y maestre, que se creia ya un héroe como Elcano y Machin de Munguia, habia de descender al vulgar recurso de la sirga! Prudencia no apartaba de ella sus ojos casi cegados por el llanto, esperando la última mirada y la última seña de despedida de su hijo; pero su hijo desapareció tras el monte del Sepulcro sin acordarse de volver los ojos á su desconsolada madre.

Por aquellos tiempos no eran como hoy hermosos vergeles las llanuras de Elometa y Zorro-aurre, que se extienden á la derecha del Ibaizabal desde el pié meridional del monte del Sepulcro, hasta el blanco y populoso barrio de Olaveaga, que entonces constaba solo de una docena de casas, las que hoy son fructíferas heredades y huertas salpicadas de alegres caseríos, eran entonces estériles juncales, á donde penetraban las mareas.

Con el corazon desgarrado, atravesó Prudencia las junqueras y subió lentamente las cuestas de Goyerri, dirigiendo á cada instante la vista hácia el noroeste, en busca de la nave en que se alejaba su hijo.

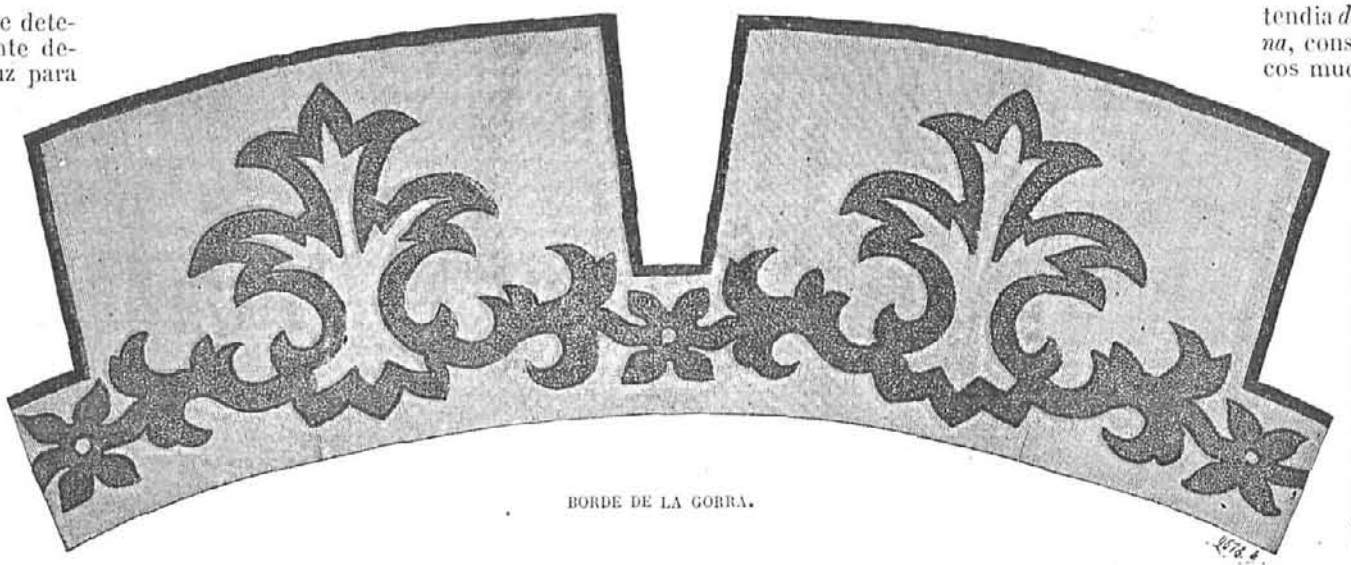
Al llegar al castañar de Aurrecoechea, buscó como siempre que pasaba por aquel sitio, un alto castaño en cuyo tronco se veia clavada una tosca cruz de ma-



CUBIERTA DE TAZA PARA CONSERVAR EL CALOR DE LAS BEBIDAS.

© Biblioteca Nacional de España

dera; pero en vez de detenerse solo un instante delante de aquella cruz para derramar una lágrima y rezar un Padre nuestro, que era lo que solia hacer, se arrodilló al pié del castaño y regó con su llanto la tierra regada con la sangre de su esposo, á quien no llamó desventurado porque era mas dichoso que Prudencia. La tierra regada con la sangre de Martin, estaba á la sazon cubierta de florecitas, cuyo color azul parecia recordar la Jerusalen celeste, donde el Señor guarda inefables alegrías para los tristes de la tierra.



BORDE DE LA GORRA.

Bienaventurados los que creen; ha dicho el Señor; Prudencia que creia, depositó allí sus dolores en el seno de un ser invisible, y cuando se levantó para proseguir su camino hácia el triste y solitario hogar, parecia ya completamente consolada y libre de aquel horrible peso.

Al acercarse á su casa, dirigió por última vez la vista hácia el noroeste. El sol que se ocultaba tras los montes encantados, bañaba de vivísima luz el turbulento piélago que se extiende entre el cabo Lucero y el cabo Villono, y á beneficio de aquel clarísimo resplandor, Prudencia distinguió y conoció la nave de su hijo; y fijos constantemente sus ojos en ella, permaneció allí inmóvil hasta que la vió desaparecer entre las brumas de los horizontes.

¡Ay! tal vez Dios hizo creer á la pobre madre que desde aquella nave, á su vez, unos ojos anublados de lágrimas buscaban en los castañares de Bérriz la blanca caseria de Aurrecoechea.

IV.

La llanura que hoy conocemos con el nombre de playa de Lamiaco, conocíase á principios del siglo XVII con el nombre de Junqueras de Dóndiz.

Dóndiz se llama esa alegre aldeita que se asienta en las verdes colinas que dominan á Lamiaco, y en esa aldeita fué donde un anciano me contó la triste historia de Prudencia, mientras que con su pipa en la boca apacentaba el ganado en las hermosas lindes de una heredad.

Lo mismo en la lengua vascongada que en la castellana, tiene el nombre de Lámia una de las fantásticas creaciones del vulgo. Lámia es una especie de hada acuática que se diferencia de la Sirena en que esta solo vive en los mares, y su cántico atrae á los hombres para perderlos, y aquella vive en los mares y los rios, y su canto atrae á los hombres para hacerlos dichosos.

A las junqueras ó playas de Dóndiz dióse el nombre vascongado de Lamiaco-playa, que literalmente traducido equivale á Playa de Lámia. Al traducir el vulgo este nombre al castellano, ha incurrido en un barbarismo conservando la preposicion vascongada *co* que corresponde á la preposicion castellana *de*.

Pero ¿porqué se llamó á la playa de Dóndiz Lamiaco-playa? Mas adelante lo sabremos. Ahora solo debo añadir que en el siglo XVII aquellas llanuras, hoy ya convertida en fructíferas vegas, que dentro de algunos años, gracias al génio industrial y aun al patriotismo de sus actuales dueños, competirán con las mejores de Vizcaya; aquellas llanuras, repito eran espesísimos y lóbregos juncales que la fantástica imaginacion cavilosa poblaba de mónstruos marinos y espíritus errantes.

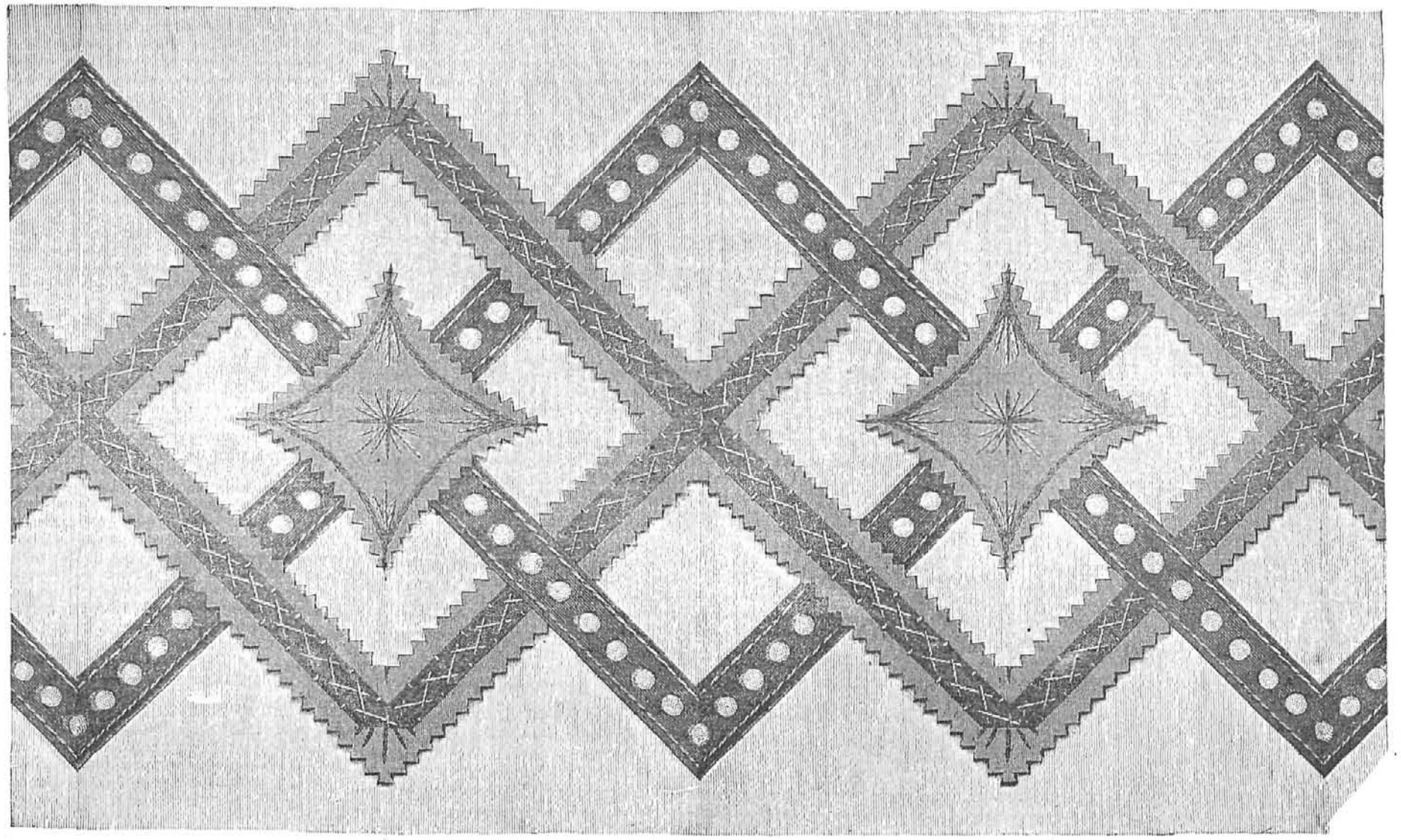
Cuando el célebre, y aun pudiera decirse glorioso, consulado de Bilbao, cuya purisdiccion se extendia *desde Bayona á Bayona*, construyó los magníficos muelles de dos leguas, que hoy el gobierno central deja desmoronar, aunque las naves y mercaderías cuya entrada facilitan la produccion cada año cerca de treinta millones de reales (1); cuando el consulado construyó los muelles, dejaron de penetrar las naves en aquellas llanuras y el pavoroso misterio de los juncales fué desapareciendo.

Pero no olvidemos á Prudencia.—Cerca de seis meses hacia que habia partido Ignacio, y la pobre madre no habia tenido noticia alguna de él. En vano bajaba todos los dias á Olaveaga y Zorro-aurre á preguntar por su hijo á los marinos que llegaban de América. Ninguno le daba razon de Ignacio ni de su nave. Sin embargo, no habia terminado el plazo de seis meses que Ignacio habia señalado para su vuelta y Prudencia *esperaba*.

—Si su hijo no vuelve, decia la ermitaña de San Bartolomé, ¿qué va á ser, Dios mio, de la pobre Prudencia que solo vive porque espera que su hijo ha de volver?

Prudencia tomaba todos los dias aquella estrada que partiendo de la planicie de Aurrecoechea trepa á la cima occidental de Bérriz subiendo á aquella cima que ya es célebre en nuestra historia moderna con el nombre de Banderas. Pasábase allí horas y horas con la vista fija en el Océano, esperando siempre que apareciese en aquellas móviles llanuras la nave de su hijo, que estaba segura de no confundir con ninguna otra; pero la nave de Ignacio no aparecia entre tantas como diariamente rompian aquel terrible cordon de irritadas olas que se extiende desde las rocas de Algorta á las de Santurce.

(1) Cerca de dos años se ha necesitado para que se procediese á reparar un trocito de muelle que se hundió en Olaveaga, y nadie parece acordarse de que hace un año está caido otro trozo de muelle en Portugalete. Buena voluntad no falta al gobierno; pero estos son los tristes efectos del expediente y su madre la centralizacion.



ORLA DE APLICACION.

© Biblioteca Nacional de España

CABO DE CORBATA.

Su esperanza empezó á declinar cuando se cumplieron los seis meses de la partida de Ignacio sin que este hubiese tornado. Prudencia continuaba subiendo todos los dias al pináculo de Bérriz y descendiendo con un nuevo desengaño.

En la misma proporcion que la pobre madre iba perdiendo la esperanza, iba perdiendo la vida, porque para ella la esperanza y la vida eran una misma cosa.

Una tarde se hallaba en el pináculo de Bérriz, con la vista fija, como siempre, en la mar lejana. El sol poniente inundaba de luz el golfo que se extiende entre los cabos Lucero y Villano, lo mismo que cuando la nave de Ignácio atravesó aquel golfo.

De repente apareció una blanca vela en la llanura marina iluminada por el sol, y Prudencia, exhalando un grito de alegria, descendió por la ladera occidental de Bérriz al monte del Sepulcro; vadeó por el pié de este el Azúa, cuyo paso facilitaba entonces un alto y estrecho puente de madera, atravesó los peñascales de Aspé y entró en las junqueras de Dóndiz en el momento en que la nave á cuyo encuentro corria, salvaba la barra de Santurce.

Prudencia perdió de vista á la nave por efecto de las ondulaciones del terreno por donde la primera caminaba; pero siguió caminando, caminando por la playa, á la sazon enjuta, porque estaba baja la marea. Su corazon latia con violencia, su respiracion era agitada y penosa y se habian apoderado de su alma una ansiedad semejante á la que al abrirle la puerta de su calabozo siente el pobre preso, á quien han dicho que el primero que penetre por ella ha de anunciarle la libertad ó la muerte.

Al salir de una hondonada, hallóse de repente junto á la ansiada nave, y dando un grito de inmenso dolor, cayó al suelo sin conocimiento como herida por un rayo. Su corazon y sus ojos la habian engañado: aquella nave no era la de Ignacio.

Pasados algunos instantes, recobró el conocimiento y haciendo un esfuerzo supremo, tornó Ibaizabal arriba, lenta y tristemente como el que ha perdido ya la última esperanza que le quedaba en la tierra.

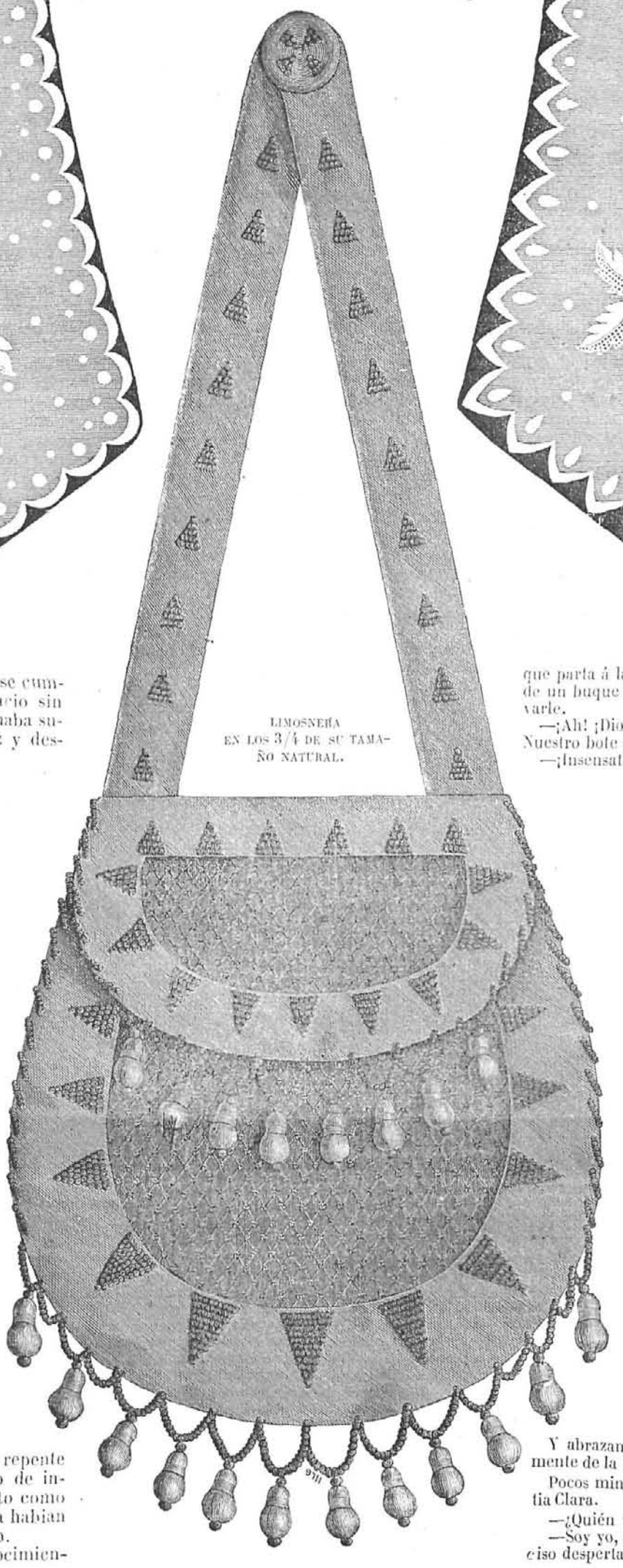
Cuando llegó á Aurrecoechea, era ya muy entrada la noche, y cuando el reloj de los Redentores de Burceña daba las doce, el alma de Prudencia se remontaba al cielo.

(Se continuará.)

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

—Eso no sé: toda Flandes está ocupada por las tropas; dificilmente saldrá del pais sin ser detenido; pero



LIMOSNERA
EN LOS 3/4 DE SU TAMAÑO NATURAL.

CABO DE CORBATA.

que parta á la aventura, y logre sobre todo ampararse de un buque inglés. Esto seria lo único que pudiera salvarle.

—¡Ah! ¡Dios os bendiga! exclamó la jóven con efusion. Nuestro bote está en la playa.

—¡Insensata! dijo el capitan con triste sonrisa. Necesitais lo menos cuatro hombres para maniobrar con el bote; esos hombres tienen que ser padres de familia ó hijos que sirvan de apoyo á sus ancianos padres... ¿abrigais el culpable pensamiento de comprometerlos á todos por salvar á uno? Desistid de semejante locura, y hasta mañana; con que no esté aqui, no teneis nada que temer.

El capitan estrechó la mano de su hermano y dejó la casa.

—¡Pobre jóven! murmuró el ciego. Solo un milagro podrá salvarle. ¡Ah, si yo pudiese recobrar la vista solo por esta noche!

—¿Qué hariais, padre? exclamó la jóven trémula de emocion.

—Iria á despertar á José, y él, que no retrocede ante ningun peligro, me ayudaria con la barca á conducir á ese jóven á bordo de un navío inglés: ¡despues que sucediera lo que Dios fuese servido! Ante el Señor y mi conciencia, yo hubiera cumplido mi deber hasta el fin.

—¡Cómo! padre, ¿expondriais hasta ese extremo vuestra vida por salvar á un desconocido?

—¿Ignoras que está escrito: «No desdeñeis ningun medio de librar á los que van á morir? si decis me falta la fuerza, el que lee en el fondo de los corazones lo sabe.» Yo no la tengo, estoy ciego, y M. de Milval no puede confiar mas que en Dios. Sin embargo, es preciso ir á comunicarle tan fatal nueva, y despertar á José para que le guie en su camino.

—Pues voy al punto, padre; acostaos y no espereis mi vuelta, porque yo conozco el pais mejor que José, y puedo guiarles á los dos: por eso si tardo un poco, no os inquieteis.

Y abrazando con ternura á su padre, salió precipitadamente de la cabaña.

Pocos minutos despues, Bella llamaba á la puerta de la tia Clara.

—¿Quién va? murmuró esta con acritud.

—Soy yo, tia, soy yo; no tengais miedo. Abrid: es preciso despertar á José, dijo así que estuvo dentro. M. de

© Biblioteca Nacional de España

Milval tiene que abandonar esta noche el país: Ko le ha delatado.

—¿Qué decis, Bella? ¡imposible! Ko Sael no es capaz de semejante maldad.

—Mi tio Luis estaba presente cuando el corredor, que no le conoce, ha señalado nuestra casa como escondite de M. de Milval. Mañana vendrán á prenderle!

—¿Con que es cierto? y yo que tenia al corredor por un muchacho excelente!

—Bien os decia yo que era un perverso, tia; pero ahora no hay tiempo que perder, despertad á José: mi padre me envia á llamarle.

—Mira, debe haberte oido, porque sale de su cuarto.

—Primo, repuso vivamente Bella, es preciso que os vistais como cuando vais al mar: la noche está fria y pudiéramos tener que alejarnos.

Un gruñido semejante al del hombre que siente ver interrumpido su sueño, fué la única respuesta que obtuvo.

—Pero aguarda, encenderé luz.

—Es inútil, tia, vamos á partir al punto.

—¿Con que al fin Ko le ha delatado? pues mucho os va á costar salvarle, Bella.

—Rogad por él, tia, mientras nosotros intentamos un último esfuerzo para salvarle de la muerte.

—¡La muerte! ¿pues qué crimen ha cometido?

—Es noble y emigrado, tia.

—¡Pobre jóven!

José estaba ya listo, y en pocas palabras le puso Bella al corriente de los sucesos.

—¡Siempre ese extranjero! murmuró el pescador. Pero no importa: retorceré el cuello al infame Ko.

—¡Un extranjero! replicó Bella. ¿Lo es para vos un hombre cuya vida peligra?

—Dejemos eso: he prometido acompañarle, y cumpliré mi promesa. Despachemos, cuanto antes mejor; y salió con la jóven de la cabaña de la tia Clara.

Cuando estuvieron á unos cien pasos de la morada de José, Bella le detuvo, y tomando su mano, exclamó:

—Escuchad, primo: voy á revelaros un secreto y á pediros un servicio que pagaria hasta con mi propia vida.

—Vuestra mano tiembla.

—Tiemblo porque dudo de vuestra generosidad.

—Haceis mal.

—Toda la noche os habeis mostrado irritado contra M. de Milval.

José murmuró algunas frases ininteligibles.

—¿Creeis que vamos á conducirle hasta enseñarle algun camino?... os engañais, repuso la jóven interrumpiéndole. Por tierra no hay salvacion posible para él; el mar es el único camino que tiene abierto, y un navio inglés su única tabla de salvacion.

—Creo que no intentareis que le acompañemos por mar con el viento que reina, repuso el pescador.

—¿Desde cuándo temeis al mal tiempo, José? repuso la jóven con amargo reproche.

—Todo el dia ha habido nieves: el viento es de tempestad, y á lo lejos se ven algunos relámpagos.

—Cómo, dijo tristemente la jóven ¿me habré engañado al contar con vos? tenia confianza en el afecto que me profesias; tenia seguridad en vuestro valor; ¿porqué hablais como un hombre que tiene miedo?

—¡Miedo!... no tengo miedo de nada; pero no saldré al mar á estas horas y por salvar... á ese hombre.

—Está bien, volved á vuestra casa, José, Dios me iluminará y me dará fuerzas para cumplir sola esa obra de misericordia.

Y á estas palabras siguió un breve silencio. Al cabo de él murmuró el pescador.

—José es un buen muchacho, y por no afligiros se arrojaria al fuego: si los compañeros están advertidos, iré al mar con ese extranjero, no por él, sino por vos, que me lo exigis.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de moer gris de hierro, adornado con flecos de bolitas del mismo color. Corpiño de faldeta con chaleco figurado y mangas semi-largas. Camiseta montante de nansouk con mangas largas.

Trage de tafetan grosella, adornado con un bordado en forma de enrejado de felpilla negra, y al rededor de él un fleco de bolitas negras. Corpiño de faldetas, abierto por delante, con el mismo bordado que el trage, así como en las mangas.

—Mira, debe haberte oido, porque sale de su cuarto.

—Primo, repuso vivamente Bella, es preciso que os vistais como cuando vais al mar: la noche está fria y pudiéramos tener que alejarnos.

Un gruñido semejante al del hombre que siente ver interrumpido su sueño, fué la única respuesta que obtuvo.

—Pero aguarda, encenderé luz.

—Es inútil, tia, vamos á partir al punto.

—¿Con que al fin Ko le ha delatado? pues mucho os va á costar salvarle, Bella.

—Rogad por él, tia, mientras nosotros intentamos un último esfuerzo para salvarle de la muerte.

—¡La muerte! ¿pues qué crimen ha cometido?

—Es noble y emigrado, tia.

—¡Pobre jóven!

José estaba ya listo, y en pocas palabras le puso Bella al corriente de los sucesos.

—¡Siempre ese extranjero! murmuró el pescador. Pero no importa: retorceré el cuello al infame Ko.

—¡Un extranjero! replicó Bella. ¿Lo es para vos un hombre cuya vida peligra?

—Dejemos eso: he prometido acompañarle, y cumpliré mi promesa. Despachemos, cuanto antes mejor; y salió con la jóven de la cabaña de la tia Clara.

Cuando estuvieron á unos cien pasos de la morada de José, Bella le detuvo, y tomando su mano, exclamó:

—Escuchad, primo: voy á revelaros un secreto y á pediros un servicio que pagaria hasta con mi propia vida.

—Vuestra mano tiembla.

—Tiemblo porque dudo de vuestra generosidad.

—Haceis mal.

—Toda la noche os habeis mostrado irritado contra M. de Milval.

José murmuró algunas frases ininteligibles.

—¿Creeis que vamos á conducirle hasta enseñarle algun camino?... os engañais, repuso la jóven interrumpiéndole. Por tierra no hay salvacion posible para él; el mar es el único camino que tiene abierto, y un navio inglés su única tabla de salvacion.

—Creo que no intentareis que le acompañemos por mar con el viento que reina, repuso el pescador.

—¿Desde cuándo temeis al mal tiempo, José? repuso la jóven con amargo reproche.

—Todo el dia ha habido nieves: el viento es de tempestad, y á lo lejos se ven algunos relámpagos.

—Cómo, dijo tristemente la jóven ¿me habré engañado al contar con vos? tenia confianza en el afecto que me profesias; tenia seguridad en vuestro valor; ¿porqué hablais como un hombre que tiene miedo?

—¡Miedo!... no tengo miedo de nada; pero no saldré al mar á estas horas y por salvar... á ese hombre.

—Está bien, volved á vuestra casa, José, Dios me iluminará y me dará fuerzas para cumplir sola esa obra de misericordia.

Y á estas palabras siguió un breve silencio. Al cabo de él murmuró el pescador.

—José es un buen muchacho, y por no afligiros se arrojaria al fuego: si los compañeros están advertidos, iré al mar con ese extranjero, no por él, sino por vos, que me lo exigis.

—No tendreis mas que un compañero, José, repuso la jóven turbada.

—¿Y cómo quereis que dos podamos dominar las velas en una noche de viento?

—Con voluntad firme y confianza en Dios, todo se alcanza; la barca no es grande, y en caso de necesidad un hombre puede manejar las velas mientras otro dirige al timon.

—No es imposible, con tal que el otro tenga buenos puños: ¿es el Rojo?

—No, José, soy yo; yo dirigiré el timon: ya sabeis que soy buen piloto.

—¡Cómo! ¿vos, Bella? ¿y qué diria vuestro padre?

—Lo aprobaria; no hago mas que lo que él mismo hubiera hecho á no estar ciego. Vamos, José, un poco de abnegacion: el tiempo urge.

—No conteis conmigo, repuso rudamente José; si fuera para otro... pero por él; un hombre á quien detesto.

—¿Que detestais á M. de Milval? ¿pues qué os ha hecho?

© Biblioteca Nacional de España

—Que os quiere, murmuró José con los dientes apretados.

—¿Que me quiere? decis; ¡y con qué cólera; ¿acaso vos no me quereis, primo?

—¡Mas que él! pero yo sabia que mi cariño era una locura, y mi respeto por vos es mas grande aun que mi cariño: él, por el contrario, como es noble, ha sido bastante infame para arrastrar á la hija de un pescador á un amor culpable.

Bella calló; lo que su primo la decia la agitaba de tal modo, que aun en medio de la noche se hubiera podido ver su frente roja de vergüenza.

—¡Cómo! repuso por fin con acento firme aunque triste. ¿Ése es todo el motivo que teneis para odiarle? Pues os engañais. M. de Milval me respeta mas que vos, porque él no se hubiera atrevido á decirme lo que me acabais de decir vos.

—¡Con que no, y os busca en la soledad, estrecha vuestra mano, rodea vuestra cintura!...preguntádselo á Ko.

—¿Y creeis en las calumnias de ese infame? repuso Bella con indignacion. No, José, vos no me estimais; si no, no dariais crédito á ese miserable.

—¿Negareis que esta misma mañana?...

—Ni esta mañana ni nunca me ha dirigido M. de Milval mas que palabras de gratitud.

—¡Me habrá engañado ese infernal Ko!

—Sed razonable, José; no consintais en que ese desgraciado sea víctima de la perfidia de Ko.

—Decis bien; el cuervo busca siempre en que cebarse. Soy un imbécil; me he dejado arrastrar por su veneno, como si no conociera á la serpiente. Perdonadme, Bella, y no dudeis de que M. de Milval quedará en salvo esta noche á no oponerse la Providencia. Yo os probaré que José sabe exponer su vida para cumplir una obra meritoria.

—Aguardad, José, continuó la jóven dulcemente como si tratara de tomar una resolucion dolorosa. Comprendo todo el sacrificio que os exijo, y he resuelto recompensarle.

—¿Qué mas recompensa que arrancar su víctima á ese malvado Ko?

—Acabais de decirme, murmuró la jóven con voz trémula, que me amais: hace tiempo que Dios dispuso llevarse á vuestra amiga... ¿Quereis casaros conmigo? El pescador se quedó estupefacto ante esta pregunta inesperada, y los latidos de su corazon podrian haberse oido en el silencio de la noche.

—¡Cómo! exclamó; ¡vos, tan jóven, tan hermosa ¡Oh! no, no; ¡tanta dicha me volveria loco!

—Juro ante Dios que nos oye, José, que mi mano será de aquel que tenga bastante abnegacion para salvar á ese desgraciado. Salvadle vos, y mañana pido á mi padre su consentimiento para nuestra union.

—¡Ah, Bella, Bella! ¿qué no intentaré yo para merecer tanta ventura?

—Basta, dirigios á la playa; yo voy á buscar á M. de Milval: rehusará al principio, pero el peligro apura y obedecerá.

—¡Bella mi mujer! ¡imposible! ¡yo sueño!

—Partid, José, partid pronto; es un sueño que está en vuestra mano realizar.

—Lo arriesgaré todo para conseguirlo, repuso José lanzándose en la direccion indicada. Me siento ahora capaz de llevar un monte sobre mis hombros. ¿Qué significa el viento ni la tempestad? ¡Bella, Bella mi mujer!

Y al hablar así corrió en línea recta hácia la playa.

X.

La marea alta tenia la barca á flote; José saltó en ella, preparó las velas y se sentó tranquilo con los ojos fijos en la costa, espiando al través de la oscuridad la llegada de Bella y el fugitivo.

De repente sintió una violenta emocion; inclinóse fuera de la barca para abarcar con una mirada toda la extension de la playa, y creyó reconocer la sombra de un hombre que agachándose se acercaba á la orilla del mar; en aquel momento brilló un relámpago, y José reconoció á Ko.

El primer impulso del pescador fué cumplir su promesa de retorcer el cuello á Ko, pero temió que su arrebato los comprometiese á todos, y sin perder de vista á la sombra que se acercaba, reflexionó un instante. Sin duda Ko habia notado tambien que habia alguien en la barca, porque se detuvo aguardando como para cerciorarse al resplandor de otro relámpago.

José se extremecia de cólera.

El corredor estaba en el camino que Bella debia traer, y quizá presumiendo que podria salvar al proscrito por mar, acechaba para vender este segundo secreto.

Bajo el dominio de esta idea, saltó del bote y se adelantó lentamente hácia Ko, que habiéndole ya reconocido, repuso con acento burlon:

—¿Venis al mar á pescar aerólitos? Se prepara una buena tempestad y si el viento se tuerce un poco, será una fiesta completa. ¡Ay! ¡ay! ¡soltad, me deshaceis el brazo!

—Escuchad, Ko, y callad sobre todo; callad, porque si se os escapa un solo grito, os ahogo y os arrojo al mar; ¡os entierro en la gran tumba de los marineros!

—¡Qué quereis de mí? repuso Ko aterrado; yo estoy pronto á todo por complaceros.

—Os diré lo que quiero: tengo un mensaje urgente que llevar á un navío inglés, y os elijo por compañero de mi expedicion: ¿quereis acompañarme vivo ó muerto?

—Ni de uno ni de otro modo, replicó Ko espantado. Yo no me embarco en semejante noche. ¡Socorro! ¡Socorro!

Pero la mano forzuda de José que apretaba su cuello apagó la voz: al mismo tiempo se sintió levantar por una fuerza irresistible, cayendo despues como un plomo en el fondo de la barca.

—Levantaos, repuso José; no pidais socorro, porque es vuestra última hora, y escuchad. Habeis denunciado la casa en que se oculta M. de Milval.

—Yo creia que...

—Silencio. ¡Vive Cristo! Ahora vamos á conducir á M. de Milval á bordo de un navío inglés: Nieuport está á tres leguas de aquí, y con un viento semejante podemos estar de vuelta antes del dia. Justo es que en castigo, ayudeis á salvar al hombre que tan infamemente habeis vendido.

—Considerad, José, que nos fusilarán si averiguan...

—Precisamente por eso os elijo por compañero, por cómplice. ¡O callais, ó juntos vamos á morir!

Ko estaba mas muerto que vivo; hizo un esfuerzo desesperado para saltar de la barca, pero el brazo de hierro de José le detuvo.

—Y no creais que lo que os digo son amenazas vanas. Bella Stock llegará dentro de pocos momentos y nos acompaña; considerad que no he de permitir que vayais á delatarnos para que ella pague con la vida su caritativa accion. Sometemos pues sin resistencia, ó disponeos á morir, no por las balas francesas, sino por mis puños.

—Haced de mí lo que querais, murmuró el corredor, que habia perdido ya toda esperanza de poder escapar.

Hubo un instante de silencio, durante el cual José buscó algo sobre las tablas de la barca.

—¿Qué es esto? ¿Vais á atar mis brazos? ¿Qué quereis hacer de mí?

—No tengais miedo: tengo que saltar en tierra para conducir á la barca á M. de Milval. Cuando estemos todos, volveré á soltaros para que me ayudeis á maniobrar, y ¡ay; de vos si no cumplis á la perfeccion vuestro deber. ¡Pero silencio! ¡mi prima viene hácia aquí! ¡Ni una palabra!

Y liando los brazos de Ko á la espalda con una cuerda, corrió á la playa: pocos minutos despues estaban reunidos en la barca el corredor, José, Bella y M. de Milval.

La jóven se encargó del timon, y M. de Milval tomó asiento junto al corredor, á quien José se encargó de desatar: este les habia puesto al corriente de la aventura en pocas palabras y empezó á dar sus órdenes á Ko, haciéndole levar anclas y tomar un rizo á la vela mesana, mientras él izaba la del palo mayor.

El pequeño esquife obedeciendo al impulso del viento, cortó oblicuamente las olas; á los pocos instantes José gritó de nuevo:

—¡Recojed la escota mesana! ¡El cabo al viento ahora! Así, conservad esa direccion.

Y la barca viró deslizándose ligera sobre la espuma.

Su rápido curso duró largo tiempo, sin que una nueva órden de José interrumpiese el silencio general. M. de Milval parecia preocupado por tristes pensamientos y cuando la jóven trataba de dirigirle algun consuelo, respondia expresando la violencia que le habia costado aceptar semejante sacrificio.

El corredor estaba siempre en la proa aguardando con terror las órdenes de José, convencido de que el mas pequeño descuido ó torpeza le costaria la vida.

En cuanto á José, iba en pié en el centro, con la mano apoyada en el mástil y la vista clavada en el horizonte, contemplando con imponente silencio la nubecilla negra y lejana cuyo centro se iluminaba por frecuentes relámpagos: contaba sin embargo llegar al navío inglés antes que se echase encima la tempestad. Alguna vez miraba hácia la costa buscando la torre de Furnes para saber el camino que habian recorrido ya.

Por fin, despues de mucho rato apercibieron el faro de Nieuport.

José fijó su vista en el mar tratando de descubrir al resplandor del faro el navío inglés que buscaban, pero en vano. Una cruel ansiedad se apoderó de su espíritu. Los navíos habian huido sin duda á alta mar, en vista de la proximidad de la tormenta, evitando así un siniestro contra la costa. ¿Lograria alcanzarlos allí?

Dejó avanzar la barca hasta frente de Nieuport, y entonces dijo:

—¡Largad la escota mesana! Dádsela al viento.

El esquife tomó otra direccion, pero avanzaba con resistencia y casi de bolina.

Bella, para dominar el timon rebelde, se habia levantado: las olas arrojaban su espuma sobre ella, y el mar, agitándose cada vez mas, levantaba el débil esquife á inmensa alaltura, dejándole hundir con espantosa rapidez, logrando un golpe de viento tronchar el mástil.

—¡Coged todos los rizos! exclamó José.

Durante otro rato todo fué bien, y la valerosa jóven cortaba atrevidamente las olas que se estrellaban bajo la proa: pero la noche habia avanzado en el horizonte; culebrinas de fuego iluminaban el espacio, y el ruido del trueno se unia al rugido del mar.

M. Milval, con las manos cruzadas, parecia murmurar una ferviente oracion, fijando su vista en Bella con ansiedad. Habia olvidado la tempestad, el peligro... toda su alma estaba concentrada en un sentimiento sublime de admiracion. ¡Qué hermosa estaba luchando con los elementos, dominando la tempestad! ¡Qué imponente aquella heroina de los tiempos modernos exponiendo su vida por salvar la de un extraño! ¡Cuán bello y angelical estaba su rostro, cuán imponente su figura destacándose sobre el fondo azulado de las olas é iluminada por el fulgor de los relámpagos!

Solo salió de su contemplacion entusiasta cuando una ola mas violenta que las otras hizo casi vacilar la barca. Bella perdió pié agarrándose al borde de la embarcacion, y recobrando inmediatamente su timon.

(*Se continuará.*)

LAS NUBES VESPERTINAS.

Con las alas abiertas
En manso vuelo
Las nubes de la tarde
Cruzan el cielo;
Y por las lomas
Van como una bandada
De albas palomas.

Y ya en el aire tienden
Con gracia suma
Sus velos que parecen
Ondas de espuma;
Ya los recogen
Y ante el sol que las mira
Se abren y encojen.

Como hilera de cisnes
Bajan al lago
Y sus cristales beben
Con dulce halago.
Ya se alzan bellas
Besando enamoradas
A las estrellas.

Ya flotan derramando
Grato rocío
Como lienzos de seda
Por el vacío;
Ya recojidas
Parecen en el aire
Garzas dormidas.

Parecen desposadas
Con largos velos
Que vestidas de blanco
Suben al cielo;
O en lindo coro
Vírgenes que se elevan
Con alas de oro.

Ya cendales brillantes
De querubines,
O ánjeles coronados
De albos jazmines.
Ya son al verlas
Sobre mares de cielo
Barcos de perlas.

Mas yo tan solo pienso
Que es cada nube
Un alma que al Eterno
Sin mancha sube:
Y entre delicia
Va á recibir el premio
De su justicia.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA.

MUERTE DE MILANÉS.

I.

Vió la gentil Incayo
Nacer para su bien
Al bardo cuyos versos
Son dulces como miel;
Al bardo á quien las Musas
Besáronle en la sien....
¡Feliz, feliz Matanzas
Porque le vió nacer!
Mas hoy está llorosa....
¡Oh, qué mudanza cruel!
Llorad, hijos de Cuba,
Que ha muerto Milanés!
El Yumurí apacible
Agítase á sus piés,
Pidiendo que repita
Sus cánticos de ayer;
Y el ruiseñor canoro
Del índico vezgel
Cantando va sus himnos
Al reino del *no ser*.
La patria está de duelo,
Mi corazon tambien....
Llorad, hijos de Cuba,
Que ha muerto Milanés!

II.

Aun era yo inocente,
Aun era niño yo
Cuando escuché en Cienfuegos
El eco de su voz.
Y lo escuché estasiado,
Cual músico rumor
Que puebla delicioso
Del aire la region.
De entónces me inspiraron
Veneracion y amor
Su cítara sonora
Su noble corazon.

© Biblioteca Nacional de España

La historia cariñosa
Darále proteccion,
Escudará su nombre
Del tiempo destructor.
Del tiempo! que en olvido
Perpétuo sepultó
Mas de un brillante imperio,
Tiranos, mas de dos.
Descanse en paz Jacinto,
Empero, quiera Dios
Que su memoria viva
Miéntras alumbre el sol.

(Isla de Cuba.) El Hijo del Damují.

CÉSAR DE VERMONT.

(Continuacion.)

Al decir esto, tomó la mano de Vermont, y le abrazó antes que este pudiera impedirlo.

—Ya ves como eres mi hijo, dijo con dulzura Doña *Jimena*.

—Señora, replicó César dolorosamente afectado por cuanto veia y oia; Señora, os engañais; una fatal semejanza os alucina. Ciertamente yo no renegaria de una madre como vos, si otra madre no poseyese ya derechos sagrados á mi amor. Soy francés, mi madre vive aun, y habita en las cercanías de Paris.

La española le contempló un instante con una mirada en la que se pintaban la angustia y la duda.

—Victoriano, Estrella, dijo entonces, dejadme sola con César.

Ambos se retiraron; el español con aire sombrío y moviendo la cabeza, y la criada sorprendida por la negativa del jóven.

César preveia una escena penosa, pero jamás hubiera podido manifestar dureza á una mujer, cuya fisonomía revelaba un profundo sufrimiento, y cuyas facciones le *habian recordado á Doña Ana. Trató pues* de convencer con dulzura y poco á poco de su error á Doña Jimena.

—César, ¿porqué reniegas de mí? dijo esta entonces tomándole la mano, y mirándole con ojos que indicaban una tierna reconvencion; tienes valor para tanto, ahora que me ves sola? Ó bien tan extraño eres ya para tu pátria y para tu familia que hayas llegado á olvidar á tu madre? Entonces, porqué has vuelto? ¿Has podido creer que yo no te reconoceria, yo *que he pensado en tí dia* y noche? ¿Debias tú abandonar á tu madre y á tu pais por aquel funesto duelo, en el que diste la muerte al miserable Don Alvaro, que habia ofendido la honra de nuestros ascendientes?

Verdad es que sus amigos eran poderosos; que Godoy, el Príncipe de la Paz, era pariente suyo; pero como contábamos con que pronto el príncipe Fernando, que te protegia, habria de subir al trono ¿porqué no haber permanecido oculto hasta entonces en nuestras montañas? ¿Porqué te fuiste á servir al extranjero? ¿Te sonrojarias de tu origen español, puesto que no quieres reconocer á los tuyos?

—Señora, dijo César con el mas profundo dolor, me veo obligado á afirmaros de nuevo que una fatal semejanza os alucina. Mis húsares, que están ahí en Oliente, y todos los oficiales que se hallan en las cercanías, po*drán asegurararos que me llamo César de Vermont*, y que soy francés.

—César, es imposible! exclamó Doña Jimena. Tú tienes algun motivo para engañarme. Sin embargo, tú sabes que eras mi hijo querido, el mayor, el preferido, el vivo retrato de tu padre, muerto tan jóven. Ay! Victoriano no es lo que debiera ser! Duro, inflexible, quisiera en todas partes dominar; pero es ageno á los dulces pensamientos que nacen del corazon. Ana, *tu hermana, es buena*, y si desconoces á tu madre, á tu hermano, tu orgullo acaso cederá en su presencia. Es imposible hallar un corazon mas noble. Hace mucho tiempo que dirige nuestra casa, porque yo me he vuelto débil y doliente desde que tú partiste. Es una hija tierna, y me aflijo en secreto al considerar que Victoriano la ha prometido á su amigo D. Manuel, á quien ella no ama. Ah! cuando me haya abandonado tambien, entonces quedaré sola, absolutamente sola en esta vieja casa. Pero nó, César, tú estas conmigo, y para mí han vuelto ya la alegria, la vida, el sol.

¿Qué podia replicar á todo esto César de Vermont? Su corazon estaba dolorosamente conmovido, y maldecia al destino que le habia arrojado á un sitio donde su presencia debia lastimar el corazon de una madre, despues de haberle causado una alegria demasiado corta. Buscaba en vano palabras con *que responder*, y ya pensaba en abandonar á Oliente al inmediato dia, para no ser por mas tiempo testigo de semejante espectáculo.

—Ana está ahora en Valencia, en casa de Dorotea; que se halla muy enferma, continuó diciendo Doña Jimena, con debilitada voz. Si tuviese fuerzas, procuraria ir á cerrar los ojos de la pobre moribunda. Yo tambien he visto cercana muchas veces mi última hora. Pero una vez que estás á mi lado, ya no quiero morir, quiero vivir, quiero ser dichosa. Yo os veré felices á Ana y á ti; ella no se casará con Don Manuel; tú te opondrás á las miras de Victoriano, que, segun creo, en esta alianza solo tiene en cuenta su propio interés. Ó César mio! ó hijo adorado de mi alma, cuán feliz soy por haberte vuelto á ver!

Levantóse entonces, le estrechó en sus brazos, y toda trémula de emocion, apoyó sus lábios sobre la frente del jóven.

—Por el amor de Dios, señora, es imposible el que os deje mas tiempo ser víctima de tan funesto error, exclamó César, dolorosamente conmovido. Yo no soy vuestro hijo; no lo soy! Y aun cuando pudiese olvidar á mi madre, cuando renegase de mi propia patria, no puedo hacer que yo sea lo que no soy. Miradme bien, y tratad de convenceros que no soy el que creeis, y sobre todo, *no os abandoneis á una ilusion, cuyos resultados serian* tanto mas terribles cuanto mas duradera hubiese aquella sido.

La española retrocedió como herida de un terror súbito, y consideró á César con ojos desmesuradamente abiertos. Parecia como querer levantarse y huir. Sin embargo, miéntras mas lo examinaba, mas se dilataban sus facciones; su mirada volvia á tomar su expresion de ternura, y en fin rompió en abundante llanto:

—Oh! Dios mio! Dios mio! dijo César lanzando un profundo suspiro; qué debo hacer?

Doña Jimena, en la exaltacion de su dolor, no reparó que este grito, arrancado por la compasion, habia sido expresado en francés. Despues de haberle considerado atentamente un largo rato, exclamó de esta suerte:

—Santa Madre de Dios! cómo he podido olvidarlo? ¿Cómo he sido tan insensata que no te he comprendido, hijo mio? En efecto, tú no puedes obrar de otra manera. Llevas el uniforme de soldado extranjero, estás sometido á sus leyes militares; y morirás si las desobedeces. Ó pobre hijo mio! ahora comprendo todo. Tú no puedes manifestar quien eres delante de los hombres, es cierto; pero á mí, puedes decirlo! Sí, guardaremos silencio, y esperaremos á que la pátria sea libre.

Estas palabras habian sido pronunciadas con todo el acento de la solicitud y del temor. César comprendia que si en efecto él hubiera sido un español al servicio de los franceses, su vuelta á la casa paterna, en la que se meditaba una rebelion, hubiera podido hacer su posicion bien peligrosa. Pero no era eso; es que se sentia además afligido por parecerle imposible el poder romper los hilos de la red fatal en que le habia envuelto la ilusion de una madre. Veíase empeñado en un laberinto, del que no le era dado salir sino de un modo violento, y destrozando aquel materno corazon, para lo cual no se sentia con fuerzas. Por otra parte, en su compasion hácia Doña Jimena entraba ya por algo la ternura que solo se experimenta por las personas realmente amadas. y Doña Ana tendria razon para maldecirlo si llegase á saber que habia causado la muerte de su madre por la fria revelacion de la realidad, mientras que habria podido hacerla dichosa solo con *guardar silencio. ¿No habia* visto César que Doña Jimena enferma y atormentada, no se hallaba en estado de soportar la luz de la verdad? ¿Pero por otra parte, el honor, el respeto á esta misma verdad no lo mandaban que hablase? Esta era una de esas luchas que solo sostienen los hombres de corazon cuando se sacrifican á los intereses de los demás.

Apenas trascurrido un minuto de lucha entre sus sentimientos y su razon cuando de repente percibió un débil gemido: era Doña Jimena, cuyos ojos estaban cerrados y habia caido privada de conocimientos, cubierto el rostro de una mortal palidez. César se lanzó hácia la puerta, pero ya Victoriano y Estrella, que acaso escuchaban desde allá, llegaban á toda prisa, y ambos se llevaron á la dama por una salida lateral de la capilla. César quedó solo, conmovido, afligido por la situacion en que se encontraba aquella desgraciada mujer, como si ella realmente hubiera sido su madre.

Calmóse poco á poco. Él habria deseado explicarse abiertamente con Victoriano y con Doña Ana, caso de que esta hubiese vuelto, y someterse á su decision respecto á la línea de conducta que debiera seguir en adelante. El deber de Victoriano y de su hermana seria el de revelar la verdad á su madre, pero con todas las precauciones posibles. César se proponia tambien expedir un *mensage á su coronel para informarle de aquel singular* acaecimiento, y rogarle que en su consecuencia enviase otro oficial á Oliente. Sin duda le era penoso no volver á ver aquella que habia sido causa de su empeño en venir, lleno su corazon de esperanzas, que por muy infundadas que fuesen, eran al cabo dulces. Ah! qué eran estas esperanzas cuando Doña Ana estaba prometida á otro hombre?

Estaba aun absorto en sus reflexiones cuando volvió Victoriano. El español lanzó sobre el oficial una mirada escrutadora, y sospechosa; su aspecto indicaba la desconfianza.

—¿Cómo se encuentra la señora? preguntó César.

—Nuestra madre, querreis decir, respondió el español.

—Doña Jimena persiste aun en creer que soy su hijo? replicó César.

—Vos mismo se lo habeis confesado, dijo á su vez el español, siendo, segun parece, vuestras relaciones con los franceses los únicos motivos que os impiden reconocerla abiertamente.

—La señora lo cree por lo menos, respondió César, descontento del tono burlon de Victoriano.

Entonces expuso con calma y brevedad su conversacion con Doña Jimena, y los motivos que le habian impedido en aquel momento confesarle la verdad.

—*De ese modo, ¿vos no sois realmente mi hermano?* dijo Victoriano, el cual habia escuchado muy atentamente.

—He dicho ya tantas veces quien soy, replicó César, que tomaré á ofensa vuestras ulteriores preguntas respecto á este punto. Delante de una muger que sufre, puedo tener la debilidad de disimular una verdad; cara á cara con un hombre, yo jamás miento. Si quereis tratarme como hermano, consentiré en ello en consideracion al estado en que se encuentra vuestra madre. Yo por mi parte os trataré del mismo modo, admitiendo sin embargo que tomareis en cuenta mi posicion de soldado francés.

—Bien! veremos, se limitó á decir Victoriano.

César reprimió un movimiento de cólera, pero comprendió que jamás podria llegar á ser amigo de aquel español tan lleno de ódio contra los franceses.

—*¿Y cómo se encuentra la señora? preguntó de nuevo.*

—Nada bien, respondió Victoriano. Ha vuelto de su desmayo; pero esta mejoría solo será efecto de un movimiento febril. Creo que no es prudente el que partieseis, porque desea volveros á ver mas tarde, y ha dado órden de que se os prepare la antigua habitacion de su hijo César.

—¿Deseais vos tambien que yo permanezca? preguntó César, porque toda vez que la señora está enferma, debo consideraros como amo de la casa.

—Desde el momento que no sois mi hermano, yo no puedo desear vuestra permanencia aquí sino en interés de mi madre, replicó Victoriano; pero en este concepto, lo deseo.

El jóven francés tuvo que apelar á todo el imperio que ejercia sobre sí mismo para contenerse, y dijo rápidamente:

—Entonces, me quedaré. Por otra parte, en un pais donde está declarada la guerra, tengo el derecho de instalarme donde mejor me cuadre; me estableceré pues en esta casa. Hallareis en el patio á un jóven que me ha conducido desde Oliente hasta aquí: hacedle decir que venga, porque tengo una órden que darle para mi sargento. Ahora conducidme á una habitacion donde pueda encontrar lo necesario para escribir.

Don Victoriano pareció no poco sorprendido del tono militar con que el oficial le hablaba. Sonrióse con aire de mofa, pero echó á andar delante. César le siguió bien resuelto á mostrarse tan firme con Victoriano como benévolo con Doña Jimena. Escribió algunos renglones á su sargento, para darle la órden de enviar inmediatamente al castillo tres húsares con sus caballos, armas y bagages, asi como su propio caballo, recomendándole al mismo tiempo que ejerciese sobre los soldados que quedaban en Oliente la mas activa vigilancia para evitar todo exceso. Entregó la carta á su guia, y mandó al mayordomo del castillo que dispusiese sitio para alojar convenientemente á tres hombres y á sus caballos. Sentóse entonces á la mesa, y se puso á hablar con Victoriano de cosas indiferentes.

Al cabo de una media hora llegaron los húsares, y César fué conducido á la antigua habitacion de D. César de Gomez. *Esperaba con inquietud el momento* en que Doña Jimena le enviase á buscar, pero Estrella vino á decirle que se llegase solamente á la puerta de su señora.

—Estoy muy mala, César, dijo entonces una voz que salia del interior del cuarto, y se me ha prohibido que te vea; quiero solo saber si estás ahí, hijo mio.

—Lo estoy, señora, respondió conmovido el jóven *oficial*.

—Entonces te quedas aquí, no es eso?

Sí, me quedo.

—Alabada sea la santísima Vírgen! murmuró Doña Jimena, y César se retiró.

III.

Doña Ana.

El castillo de Oliente, llamado tambien castillo de Gomez, estaba situado sobre una altura escarpada que dominaba el pueblo y una parte de la garganta de Andiga; pero los árboles que lo rodeaban tenian el inconveniente de impedir la vista de la poblacion y de la barranca, y como además hubiera sido difícil poner al castillo en estado de defensa, César renunció al proyecto que en *un principio tuvo* de hacer venir allí á todos los húsares.

Por lo demás, la posicion del castillo era magnífica, rodeado por todas partes de valles profundos llenos de verdor; desde allí se percibian las cimas de Casoleta y el pico de Santa María, de dos mil metros de elevacion. La mayor parte de la altura estaba ocupada por un parque, enteramente cerrado por una tápia á trechos arruinada; detrás de la cual bajaba la montaña cortada á pico. A caballo no se podia llegar al castillo sino por una estrecha senda que subia desde la poblacion; por los demás lados la altura era muy difícilmente accesible, aun para la gente de á pié. Eran necesarias toda la agilidad y toda la costumbre de los habitantes de las montañas, así como su práctica del terreno, para emprender el trepar por aquellas rocas. Por estas razones habia renunciado César á defender la altura en caso de insurreccion. Pocos eran en efecto *veinticinco hombres para ocupar* el castillo y guardar el muro del parque.

Los primeros dias pasaron tranquilamente para César. Doña Jimena continuaba gravemente enferma; el médico, llegado de Chiva, habia manifestado se hallaba atacada de una fiebre ardiente, recomendando las mayores contemplaciones con la paciente. César, accediendo á los deseos de Estrella, habia entrado una vez en el cuarto y *aproximándose* al lecho de la enferma, la cual le habia mirado con ternura, estrechando su mano y pronunciando algunas palabras incoherentes.

César, con gran placer suyo, no habia vuelto á ver á Victoriano en todos aquellos dias. El jóven español habia partido para Valencia con algunos criados, para cumplir los últimos deberes respecto á su tia, que habia muerto el dia despues del ataque de la ciudad.

Cinco dias despues de su llegada al castillo, y ya con alguna mejoría Doña Jimena, César juzgó preciso el en-

© Biblioteca Nacional de España

viar á uno de sus húsares á Chiva para que llevase una carta á su coronel. En ella le daba conocimiento de la situacion particular en que se encontraba, rogándole que, á ser posible, confiase el mando de Oliente á otro oficial. El húsar á quien confió el encargo, debia dar al coronel de viva voz todos los pormenores que necesitase.

—Adios, mi teniente, dijo el húsar á César cuando este le hubo entregado el pliego. Si es que llegais alguna vez á salir de esta ratonera, debeis creer que es porque Dios os guarda para grandes cosas, para que llegueis por lo menos á general. En cuanto á mi, ya tengo echadas mis cuentas: este es un pliego que los españoles podrán muy bien leer, si es que saben el francés; pero por lo que respecta al coronel, me temo mucho que no llegue á leerlo; y puesto que hemos de morir todos, espero por lo menos llevarme por delante á dos ó tres españoles.

—Qué locura, Pigal! dijo César, hay seguridad en el pais.

—Sí, respondió el húsar, para el pájaro que puede volar por encima del desfiladero. Pero, mi teniente, si quereis enviar otro pliego al coronel, os aconsejo que lo lleveis vos mismo con todos los húsares, y con todo eso dudo que llegue á sus manos. Adios, mi teniente, y hasta que nos veamos en el otro mundo.

César trató de tomar el asunto á broma, pero cuando hubo partido el húsar, tuvo que convenir en que el valiente soldado no habia dicho, desgraciadamente sino la pura verdad.

Ya César habia visto partidas de gente de la montaña rondar por las cercanas rocas, y habia oido algunos tiros disparados por hombres ocultos entre los matorrales y dirigidos sobre los húsares sueltos que se habian separado un poco de Oliente. Entonces reflexionó con mas atencion, y casi se arrepintió de haber hablado á su coronel del error de Doña Jimena. Qué importaba la vida de una muger enferma y quizá débil de espíritu, cuando se trataba de la seguridad de veinticinco húsares? Como oficial, debia manifestar la energía que reclamaban las circunstancias, si bien como hombre podia mostrarse blando y compasivo.

(Se continuará.)

REVISTA DE CADIZ.

El viernes 18 tuvo lugar el solemne acto de la inauguracion de los trabajos para la límpia de los caños de la Carraca, cuyo servicio ha sido contratado con el gobierno por el Sr. Pedreño, nuestro compatriota. El acto merecia ciertamente el vivo interés que produjo su solo anuncio, porque, además de la importancia y utilidad de los trabajos que se inauguraban, todos veian en aquel hecho un síntoma demostrativo de que hay en España hombres capaces de acometer grandes empresas. Por eso la concurrencia entera, compuesta toda ella de autoridades y personas notabilísimas, volvia instintivamente los ojos y el pensamiento hácia Cádiz, cuyo puerto, envuelto aun en papeles, aguarda entre las hojas de un expediente á que la luz de la verdad y de la justicia lo saquen del limbo en que se halla, y alcance una resolucion conforme á los intereses de este pueblo.

Grande fué, por tanto, la animacion de aquel acto, porque era universal la alegría; y esto, que ya suponiamos nosotros, nos ha sido confirmado por los periódicos de la plaza, los cuales nos han reseñado cuanto allí aconteció con todos sus interesantes pormenores. Se propusieron oportunos brindis, se recitaron buenos versos, y el Sr. Pedreño, protagonista de aquella fiesta, fué objeto de todas las atenciones como de todas las simpatías, á las que supo corresponder porque sabia merecerlas.

Nosotros, con harto sentimiento nuestro, no pudimos hacer parte de aquella alegre expedicion; los motivos de dolor que tan profundamente han afectado nuestro espíritu, nos vedan aun la asistencia á reuniones públicas; pero desde el fondo de nuestra morada nos asociábamos al sentimiento de los concurrentes al acto, deseando cordialmente que el buen éxito de esta empresa anime á los hombres como el Sr. Pedreño á acometer otras nuevas en bien de nuestro pais.

Y ahora que hemos hablado un poco de asuntos que se refieren al mar, naturalmente se nos ocurre la idea de los baños; y tanto mas cuanto que los calores que comenzaron á experimentarse desde los primeros dias de este Agosto han excedido en mucho á los ordinarios de otros años, convirtiendo en una verdadera sarten á nuestra poblacion, por lo comun tan fresca, tan templada, tan agradable. No sin razon deciamos en un reciente artículo que las estaciones andaban en todas partes un tanto desconcertadas, puesto que si bien es natural el calor en el mes de Agosto, no es natural que sea aquí tanto, ni lo es tampoco que hayamos tenido en Julio dias que no hubieran parecido fuera de su sitio en principios de Abril.

Es pues el hecho que los mencionados calores han arrojado la gente al mar en mayor cantidad de la acostumbrada, y como la moda se introduce é impera hasta debajo del agua, no bastándole su dominio sobre la tierra, resulta que hoy alcanza completo favor el baño en la playa de la Caleta, de antiguo conocido con el nombre de baño real, no porque tenga nada que ver con los monarcas de España, ni tampoco por título de categoría, sino simplemente porque cada persona que allí baja paga un real de vellon.

Sin embargo, en toda moda hay su parte de razon y su parte de capricho. Consultando á la razon, por ejemplo, viste de muselina en Agosto, pero consultando al capricho pone largos faldones á los corpiños de las damas.

En la moda del bañarse pudiéramos hallar tambien ámbas cosas. El agua de la playa es mas límpia que la de los muelles, y el oleage de aquella es mas provechoso para los bañistas. Esta es una razon, así como tambien lo es que siendo permitido hoy al sexo femenino bañarse en la playa á cualquier hora, con pocas limitaciones, ha de acudir allí en mayor número que antes, puesto que entonces solo se le concedia tal derecho desde el anochecer hasta el toque de ánimas, hora molesta y aun imposible para muchas personas.

Pero algo hay en cambio de esto, y es bueno tenerlo tambien en cuenta. La que aquí se baña tiene que recorrer, para entrar en el agua, un trozo de playa, á veces nada corto, expuesta con leve defensa á los ardientes rayos de sol y al azote del viento así en su trayecto hasta el mar, como durante el tiempo de su permanencia en él. Otro tanto le sucede á su vuelta hasta la casilla, y este paseo al fresco exige ciertas condiciones respecto al vestido, puesto que los hombres se bañan tambien en la misma playa y al propio tiempo; y si bien se hallan á distancia conveniente, al cabo no se alza entre uno y otro sexo la muralla de la China, ni media entre uno y otro campo ningun par de kilómetros.

Aquí entra pues la moda, aquí la parte caprichosa, aquí el dominio del figurin, inventando una forma de vestido anfibio, que así sirva para la tierra como para el agua, por mas que en rigor no pudiera servir bien para la una y para la otra exclusivamente.

De esto no se tiene necesidad en los cajones de los muelles, porque allí no hay quien mire; un simple peinador basta, y los figurines de Paris no acostumbran ocuparse de inventar caprichosos trajes, cuando los tales trajes están destinados á que nadie los vea.

¡Oh, y cuánto mudan los tiempos y con ellos las costumbres! Hace pocos años que, segun llevamos dicho, el sexo femenino se bañaba en aquella playa solamente á ciertas horas de la noche. Pues bien, noche y todo como era, los centinelas de la muralla inmediata tenian la consigna de no permitir que hombre alguno se asomase al parapeto, y eso, que cuando mas podria entrever á larga distancia algunos bultos informes con ropage blanco, cual los ensabanados fantasmas de la danza de *Roberto el diablo*. Tal vez acontecia, ó se sospechaba al menos, que algun varon fuera bastante osado para introducirse furtivamente entre aquellas tímidas palomas, y entonces desgraciado de él; los gritos, los clamores repetidos por mil voces á un tiempo, daban la alarma; los bañeros, gente considerada como fuera de la ley comun, acudian, y si ellos no eran bastantes, llamaban en su auxilio á la fuerza armada; de este modo el pez, si es que en efecto lo habia, raras veces dejaba de caer en la red, y se le hacia expiar su crímen de curiosidad, si bien no era posible imponerle el castigo que impuso Diana á Acteon por un desman semejante.

De lo dicho se deduce que á haber vivido el tal Acteon en los tiempos que corren, se habria bañado impunemente con Diana y sus ninfas, siempre que estas hubiesen llevado pantalones y blusas; piezas de ropa que no sabemos usase nunca la hermana del dios Apolo.

Pero tiempo es ya de que nos ocupemos un poco de cosas terrestres, y en su consecuencia, y competentemente autorizados por muchas señoras y señoritas de las que acostumbran concurrir diariamente al paseo de la Alameda, llamamos la atencion de quien corresponda sobre un grave asunto de policía urbana.

Es el caso que el piso de la tal Alameda desprende una especie de lodo pegajoso y amarillento, el cual se adhiere á los trajes, los ensucia y hasta los inutiliza á veces. Para evitar en lo posible esta fealdad y este perjuicio, tienen con frecuencia que apelar las damas al supremo recurso de llevar recogidas sus faldas, dejando que hagan frente á la polvareda la enagua blanca, que á poco ya deja de serlo, y el acerado miriñaque.

Nosotros, dando por exacto el motivo de esta denuncia que se nos ha encargado hacer, la trasmitimos á quien haya lugar, á fin de que se estudie el fenómeno químico producido por aquel piso, y se arbitre el remedio, si es posible aplicarlo con la urgencia que el caso reclama, ó de nó, se piense lo que haya de hacerse para en adelante; porque no armonizan bien las calles adoquinadas, por las que además puede irse en carruaje, con semejante piso en el principal paseo de Cádiz.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TISÚ GRIS PLATA.—Sobre el dobladillo de abajo se encuentra una cinta azul de centímetro y medio de ancho; sobre esta cinta, una tira de tafetan que tenga 7 centíms. de ancho, orlada en ambos lados por un guipur estrecho negro, va puesta plana en un espacio de 4 ó 5 centímetros, luego se pliega de modo que forme una concha, cuyo borde inferior está recogido hácia el superior de la tira. Así siguen alternando los espacios planos y las conchas en toda la guarnicion. Corpiño montante, con faldones de casaca, y mangas estrechas guarnecidas como la enágua, pero no teniendo la tira sino 3 centímetros de alto.

ENÁGUA DE TUL BLANCO. Va orlada por un volante encañonado, sobre el cual corre un fleco de cascabelillos de paja, y una greca igualmente de paja. Túnica escotada de forma *princesa*, de tafetan blanco, con el borde recortado á puntas redondas guarnecidas por un fleco y una greca de paja. En el centro de cada onda va un lazo de paja con borlas. El corpiño escotado de la túnica se completa con una drapería de tul blanco formando berta, y colocada debajo del corpiño de la túnica. Manga muy corta de tul, con lazos de paja. Peinado con espigas; una mariposa grande sobre la frente y otra encima de la castaña.

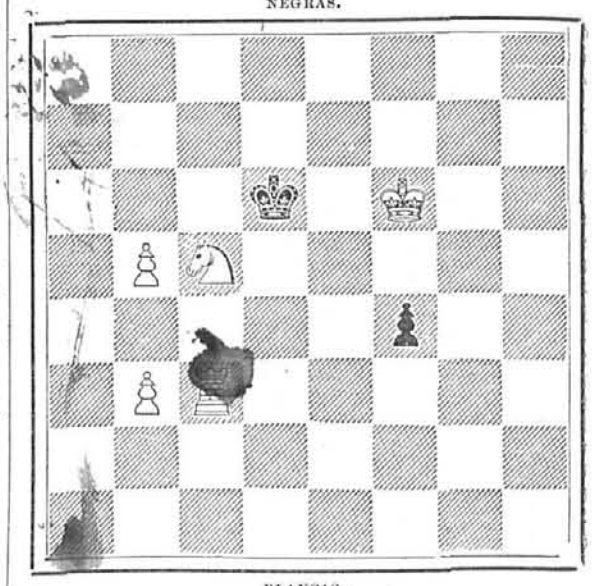
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 22, POR M. CLERC.

	Blancas.		*Negras.*
1.ª	T. 5.ª R.ª	Jaque.	T. come T.
2.ª	A. 6.ª A.R.	Jaque.	A. come.
3.ª	R.ª 6.ª R.	Jaque.	R.ª come.
4.ª	C. come A.	Jaque.	P. come.
5.ª	P. 4.ª A.R.	Jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 4, POR D. FRANCISCO JAVIER MARQUEZ (DE MADRID).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

Administraciones de La Moda Elegante.

La suscricion á este periódico puede hacerse dirigiéndose á las Administraciones siguientes:

MADRID, Don Cárlos Bailly Bailliere, librero de Cámara de SS. MM., plaza del Príncipe Alfonso (antes de Sta. Ana) n. 8.
BARCELONA, Don J. Casals, calle de San Honorato (tienda).
CADÍZ, Don Federico Joly y Velasco, Torre 6.
SEVILLA, Don Manuel G. Zarzuela, Redaccion de la Andalucía.

El precio del abono se halla fijado á la cabeza.
A los pedidos deben acompañarse libranzas de Tesorería ó de la Tutelar, ó bien sellos de correos ó de telégramas en caso de no haber de aquellos.
Las cartas que contengan sellos deben ser certificadas.
En las principales librerías del reino tambien se admiten suscriciones.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

Levey Imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILLUSTRADA

Rue Jacob. 56. Paris

© Biblioteca Nacional de España